

# EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 3.º

ADMINISTRACION :

Calle de las HUERTAS , núm. 42.

MADRID.—1857.

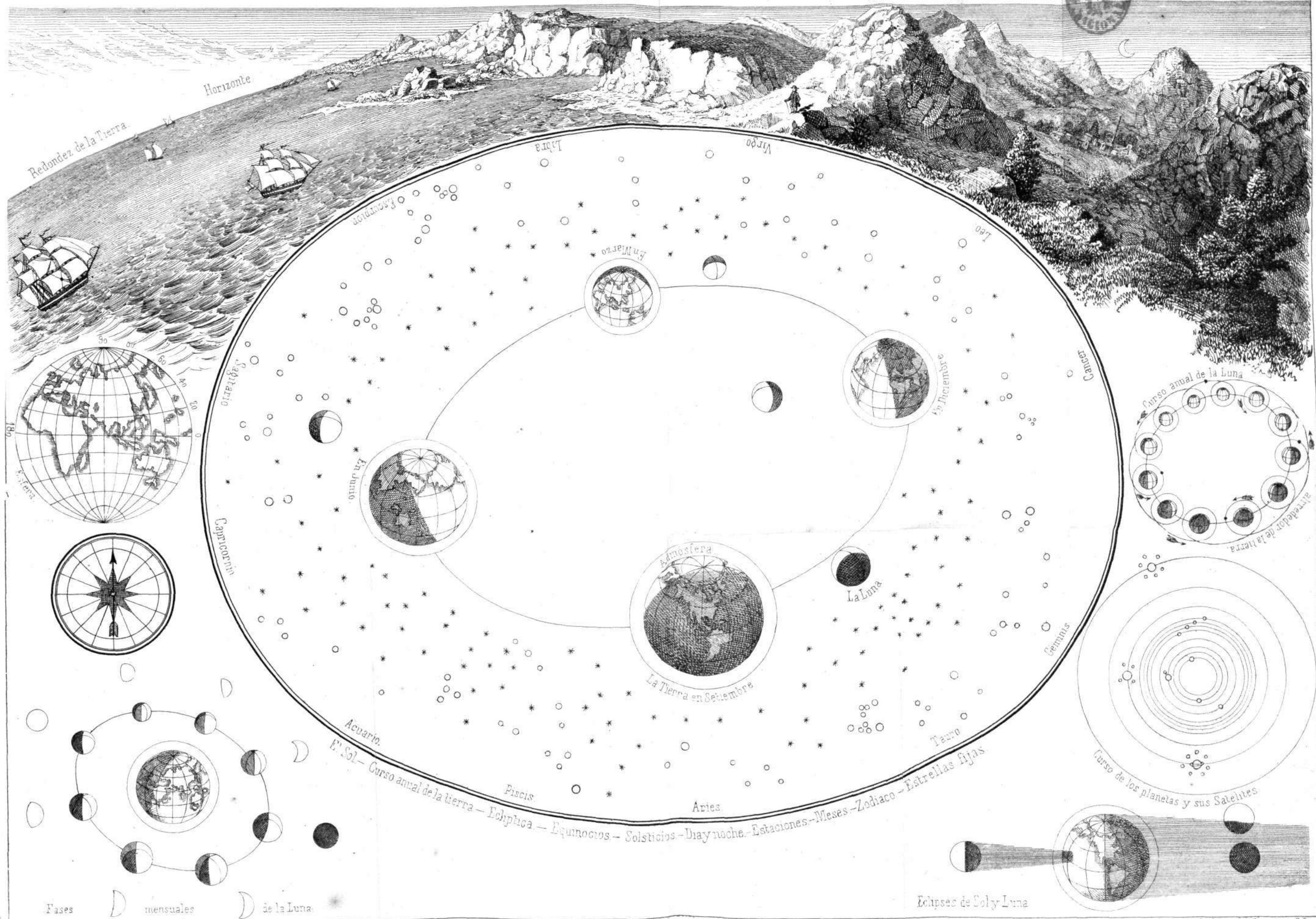


SUMARIO. *Geografía*, por D. José M. de Larrea.—*La Primavera*, por J. G. B.—*Los Viajeros* (fábula), por J. A. Viedma.—*Una Buena Acción*, por Z.—*La Enseñanza en Acción*.—*La Niña y las Flores*.—*Plutarco de los Niños*, por don Modesto Infante.

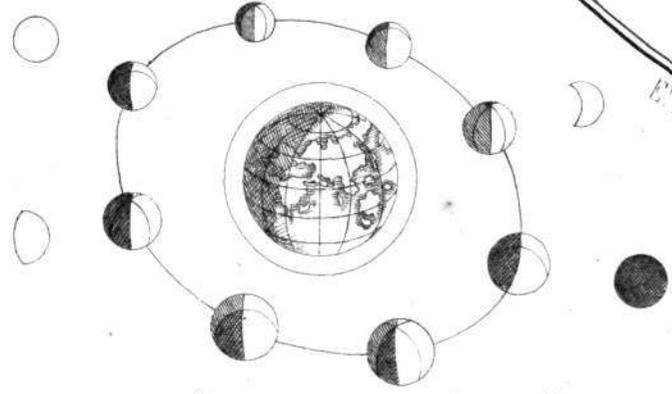
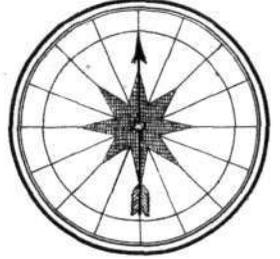
Lámina que acompaña á este número *La Primavera*.

Lámina que se reparte á los suscritores á las láminas enciclopédicas *El Sistema Solar*.

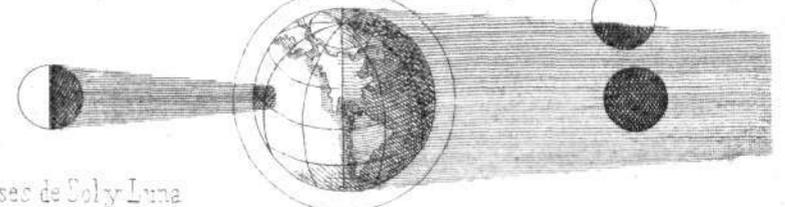
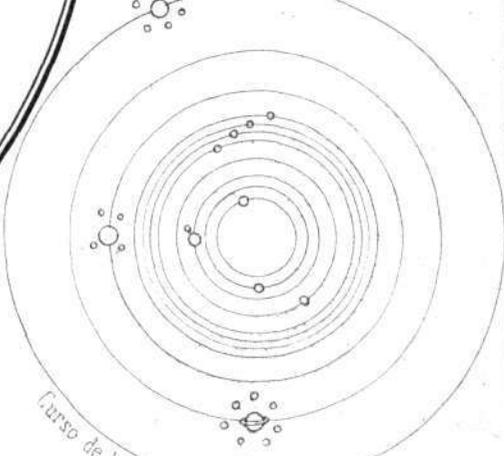
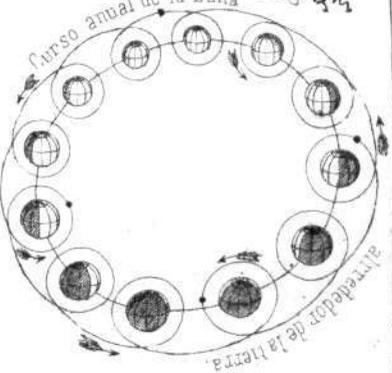
# SISTEMA SOLAR.



Redondez de la Tierra  
Horizonte



Fases mensuales de la Luna



Eclipses de Sol y Luna

El Sol - Curso anual de la tierra - Ecliptica - Equinocios - Solsticios - Dia y noche - Estaciones - Meses - Zodíaco - Estrellas fijas

# EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

## GEOGRAFÍA.

*Nociones de cosmografía para servir de explicación á la lámina enciclopédica correspondiente á este mes.*

Cuántas veces nuestros jóvenes lectores habrán visto en una hermosa mañana aparecer el sol por el Oriente, y en la tarde del mismo día desaparecer por el Occidente, esto es, por el lado enteramente opuesto; y si en una de esas noches apacibles, templadas y serenas, que son tan comunes en nuestros climas, han elevado sus miradas al cielo, les habrá parecido que éste se estiende sobre nuestras cabezas como una inmensa bóveda azul, que gira siempre en la misma dirección, llevando en su perpétuo movimiento los astros de que está sembrada. Esta opinión comun hoy solamente al niño y al hombre que carece de conocimientos científicos, lo fué tambien por muchos siglos á las generaciones que sucesivamente poblaron la tierra. Los sábios formularon en las cátedras de la ciencia la opinión vulgar, y el astrónomo Tolomeo, hácia el año 130 de nuestra era, sostuvo que en efecto la tierra estaba fija en el centro del univer-

so, y que todos los astros giraban en torno de ella. Los hombres continuaron en la misma creencia, hasta que á mediados del siglo XVI el célebre Copérnico resucitó la opinión, que ya habian sostenido algunos pitagóricos 400 años antes de Jesucristo, de que el sol era el que estaba fijo en el centro, y que la tierra y los demas planetas eran los que se movian al rededor de él. Mas modernamente otro astrónomo, Tico-Brahe, quiso tomar un término medio, suponiendo que el sol giraba en torno de la tierra y los demas planetas al rededor del sol; pero halló pocos que siguieran su sistema, y sus observaciones solo sirvieron para que Kepler al discutir las, encontrára en 1609 las dos primeras, y en 1618 la tercera de sus célebres leyes de los movimientos planetarios (1), que vinieron á

(1) Aunque en estas sucintas nociones prescindo de toda explicación que necesite mayores conocimientos de los que deben suponerse en las tempranas inteligencias á que este periódico está dedicado, creo, sin embargo, que será de alguna utilidad el formular aquí las leyes de Kepler, que no suelen ser conocidas mas que de nombre, aun por aquellos que estudian la geografía en nuestras universidades é institutos. Los que tengan algun conocimiento de las cien-

demostrar mas profundamente el sistema de Copérnico, y que acabó de confirmar Newton con su admirable ley de la gravitacion universal. Las demostraciones y trabajos sucesivos de Galileo, Descartes, Halley, Herschel, Lalande, Biot, Arago y otros muchos sábios, ayudados por la mayor exactitud en los cálculos matemáticos, y el progresivo perfeccionamiento de los instrumentos de óptica, han continuado presentando hasta el dia como mas demostrable el sistema que considera al sol fijo en el centro de los planetas, que con su luz alumbrá y con su calor vivifica.

cias exactas, comprenderán estas fórmulas fácilmente, y todavía podrá ser útil á los que ignoren aquellas, el grabar en la memoria estas palabras que un dia llegarán á comprender, y que esplican todo el admirable sistema planetario.

Las leyes de los movimientos planetarios de Kepler son tres.

1.<sup>a</sup> Los planetas se mueven en curvas planas, y sus rállos vectores describen al rededor del centro del sol áreas proporcionales á los tiempos.

2.<sup>a</sup> Las órbitas de los planetas son elipses, cuyo foco está en el centro mismo del sol.

3.<sup>a</sup> Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas, son entre sí como los cubos de los grandes ejes de sus órbitas.

Estas leyes vienen á completarse con la de atraccion deducida por Newton de las anteriores, y que puede reasumirse de este modo:

Todos los cuerpos se atraen en razón directa de sus masas, y en razón inversa de los cuadrados de sus distancias.

El sol está, pues, con arreglo á estos principios representado en el centro de la lámina á que sirven de esplicacion estas ligeras nociones; y este magnífico astro del dia es un vasto globo, cuyo diámetro, segun un geógrafo español contemporáneo, es ciento once veces mayor que el de la tierra, ó lo que es lo mismo, que es 1.400,000 veces mas grande que ella: la distancia que nos separa de él es de unos veinte y siete millones de leguas, por cuya causa nos parece tan pequeño, y las manchas que con el auxilio de cristales de color se han observado en medio de la luz que le es propia, nos descubren que gira sobre sí mismo en veinte y cinco dias y medio. Esta circunstancia de tener luz propia, y su fijeza en el sitio en que le ha colocado la mano del Hacedor Supremo, son causas de que se le considere como uno de esos astros luminosos que colocados en el espacio inmenso de los cielos, pues la bóveda no ha existido nunca mas que en la poesía, se nos presentan siempre en el mismo orden, guardando entre sí las mismas distancias, y formando las mismas figuras, por lo que se llaman *estrellas fijas*. Estas se dividen en seis magnitudes, segun que aparecen mayores ó menores á nuestra vista; las que solo pueden verse con el auxilio de anteojos, se llaman telescopicas; aquellas cuya intensidad aumenta ó disminuye gradualmente, efímeras y periódicas; dobles aquellas que aparecen acompañadas de otra estrella

muy próxima; y cuando estos grupos de estrellas estremadamente juntas pasan de cuatro, si no pueden distinguirse unas de otras, se les da el nombre de nébula, y si se distinguen entre sí el de cúmulo: la vía láctea, vulgarmente camino de Santiago, que vemos en el cielo como una faja luminosa que le rodea, no es otra cosa que un cúmulo de estrellas, del cual nuestro sol es una, no de las mas grandes. Pero lo que mas debe admirarnos es la distancia á que las estrellas se encuentran de nosotros. Está suficientemente probado que la luz de las estrellas mas próximas tarda tres años en llegar á nuestra vista, y recorriendo la luz 70,000 leguas en un segundo, se ha calculado que una locomotora que hiciera diez leguas por hora, tardaría ochenta y tres millones ciento sesenta mil años en atravesar semejante distancia.

Los *planetas* son otros cuerpos celestes que difieren del sol y de las estrellas en que no tienen luz propia, siendo preciso para que brillen, que el sol, á cuyo rededor giran, los ilumine con sus rayos. *El curso de los planetas y de sus satélites* está representado en la lámina por la correspondiente figura, debiéndose observar, sin embargo, que sus órbitas no son círculos concéntricos, sino elipses, ó sea óvalos, como el de la figura grande de en medio. Los planetas principales contados en el orden de sus distancias al sol son: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno, conocidos desde la mas remota antigüedad;

Urano, descubierto por Herschel en 1781, y Neptuno por Mr. Le Verrier, en 1846. Durante este siglo se han descubierto ademas, en el espacio comprendido entre Marte y Júpiter, otros muchos, que por su pequeñez se han llamado *telescópicos*; los conocidos hasta 1855 son: Flora, Melpómene, Victoria, Vesta, Euterpe, Massalia, Iris, Metis, Focéa, Hebe, Fortuna, Parténope, Tetis, Anfitrite, Astrea, Irene, Egeria, Proserpina, Lutecia, Talia, Eunomia, Juno, Ceres, Palas, Belona, Caliope, Psyquis, Temis ó Higia. Algunos de los planetas principales tienen otros planetas mas pequeños que giran á su vez en torno suyo: la Tierra tiene uno, que es la luna; Júpiter cuatro; Saturno siete, y un anillo que le rodea; Urano seis, y Neptuno uno solo. Los planetas recorren sus órbitas en diferentes tiempos: Mercurio tarda cerca de 88 dias; Venus, llamado tambien la estrella de la tarde y la estrella de la mañana, segun á la hora en que se deja ver, 224; Marte 324; Júpiter cerca de doce años; Saturno veinte y nueve años tambien; Urano 85, y Neptuno 217 años y 121 dias. En cuanto á la Tierra tarda un año, y su distancia al sol es de veinte y siete millones de leguas, que valiéndonos del mismo ejemplo que antes hemos empleado, necesitaría una locomotora, haciendo ocho leguas por hora, 500 años para recorrerla.

Sigamos ahora á nuestro planeta en su marcha anual, viendo como tienen lugar los dias y las noches, que propor-

cionalmente crecen y disminuyen, y como se suceden las estaciones con sus diferentes aspectos; pero antes de ver como camina, será conveniente ver que forma tiene. Desde luego podremos asegurar que es redonda, aunque en los tiempos antiguos se la haya creído plana, siendo varias las pruebas que pueden darse de la *redondez de la tierra*. Observemos el paisaje que ocupa la parte superior de la lámina que vamos explicando: se llama *horizonte* visible al espacio que puede descubrir nuestra vista en la superficie terrestre, y que parece limitado por el cielo que baja á unirse con él. A la estremidad de este horizonte se ven siempre las cimas de las montañas y los techos de los edificios elevados, torres, y campanarios, sin que puedan verse al propio tiempo sus bases, porque bajando la superficie de la tierra gradualmente por todos lados, presenta una curvatura que á la estremidad del horizonte acaba por desaparecer á las miradas del observador, y solamente cuando hay objetos salientes muy elevados se ven todavía sus cimas. Lo mismo sucede cuando un navío se aproxima á un puerto cualquiera: lo primero que se vé son los mástiles, que parecen ir saliendo del centro del mar conforme se va acercando, hasta que al fin se distingue el casco del buque: cuando éste se aleja sucede el fenómeno contrario; lo primero que desaparece es la quilla y el velamen, y los mástiles van perdiéndose gradualmente, hasta hun-

dirse en el horizonte. Otra prueba es la sombra que la tierra proyecta sobre la luna en los eclipses de este satélite, de que hablaremos luego, sombra que siendo siempre circular manifiesta que tambien lo es el cuerpo que la produce. Tambien puede deducirse por analogia, pues siendo los demas planetas redondos, la Tierra, que es uno de ellos, debe tener la misma forma; y por último, si la Tierra fuese plana saldria el sol y se pondria al mismo tiempo para todos los pueblos, lo que no sucede así. No es un obstáculo para la redondez de la tierra la altura de sus montañas, pues siendo el diámetro terrestre de 2,291 leguas, las mas altas montañas no producen en su superficie otro efecto que el de las asperezas y desigualdades que se notan en la corteza de una naranja, y que no impiden que ésta sea redonda.

(Se concluirá.)

JOSE M. DE LARREA.

## LA PRIMAVERA.

Primavera, *hija florida de un padre sombrío y árido*, bien venida seas! Al aproximarte, la naturaleza dulcemente conmovida despierta de su largo sueño, y se dibuja en sus lábios la primer sonrisa de amor.

Bien venidas seas, nuevas florecillas, que componéis la diáfana corona de esta hermosa estación, y vosotras, purísimas esperanzas, que formáis su cortejo!

Todo se anima con su presencia, todo florece: el corazón y la naturaleza murmuran de placer, y en esta expansión universal de todos los seres se eleva un himno de reconocimiento al Criador....

El invierno ha dejado los árboles desnudos de su verde ropaje: el duelo y la tristeza tienden su opaco manto por la superficie de la tierra, y solo dos plantas, dos solos, nos muestran que todo lo que vegeta no ha muerto; el tusilago odorífero y el heliotropo de invierno se asoman tímidos entre el verde follaje que los rodea, y difunden á su alrededor agradable aroma.

Diciembre terminó: Enero cubre la tierra como un blanco sudario, presentando á nuestros ojos una nueva escena. El eléboro, en aquellas ramas que consiguen atravesar la helada nieve, abre sus pequeñas flores blancas ó amarillas, cuyo grato perfume pudiera confundirse con el del jazmín. Febrero llega en breve, y nos ofrece la amarilla flor del ave llano, y la laureola, hija de los bosques.

Marzo se presenta por fin, y con él la primavera. Al distinguir su cándida frente huye el invierno ahogando un suspiro; al contemplarla tan bella los valles la adornan con sus más preciadas flores, el cordero la sigue, símbolo de inocencia, y las golondrinas vienen de remotos países á cantar su hermosura. El almendro y el albréchigo se cubren de flores rosadas; las primaveras forman á poca distancia de la tierra una matizada alfombra; el alelí, la modesta violeta, el orgulloso jacinto, y otras

infinitas flores, abren sus corolas y saludan á la primavera.

¡Qué ideas tan risueñas, qué dulces esperanzas encierra solo tu nombre, primavera! Él resume cuanto el alma puede sentir y soñar de más puro y tierno. Leed los poetas antiguos y modernos; sus más bellas imágenes, sus conceptos más poéticos son inspirados por la primavera: su dulce aliento dió vida á los versos de Teócrito y de Anacreonte, ella embalsamó el núnmen de Horacio y templó con su misteriosa armonía el arpa suave de Virgilio. Los modernos escritores para pintar la juventud no hacen sino reproducir desde hace muchos siglos, y bajo mil distintas formas, una eterna comparación con la primavera.

Las más poéticas descripciones de esta bella estación las debemos á la antigüedad. La mitología con sus bellísimas alegorías la representaba por una joven hermosa, coronada de flores: «la tierra florece bajo su pié, el invierno huye, el céfiro rompe las prisiones de hielo donde moraban cautivas las Náyades; los árboles y los campos reverdecen, la voz dulce de las Driadas se confunde en la de los pajarillos; en la noche Vénus guiando el coro de ninfas y gracias da la señal de danza, que Diana llega á iluminar con su luz argentina.» Así la pintaban los antiguos; así la personificaban en sus mismos dioses.

¡Cómo desconocer sus encantos! cómo no admirar la sublime poesía, la eterna belleza que Dios ha sabido imprimir á sus obras, y la facultad que nos ha dado de comprenderlas y amarlas!

A la primavera se enlazan todas las ideas de la juventud: es la mañana del año, así como el verano es el medio día, el otoño la tarde y el invierno la noche.

La juventud cuenta sus años por primaveras, la ancianidad por inviernos.

La primavera es la época risueña de la vida; nada se disfruta, nada se tiene, se espera todo. Lo que se posee es siempre imperfecto, la esperanza no tiene límites.

Dios mio, cuán grande sois! comprendo la dicha inefable de contemplaros frente á frente: la comprendo por el encanto que me causan vuestras mas pequeñas obras, aquellas que ocultais entre la yerba ó el espeso follaje; con cada hoja, con cada flor, nacen y mueren los insectos que las habitan, y á quienes ellas sustentan. Una flor que nace ó muere es un mundo con sus habitantes! La menor planta silvestre, el insecto mas insignificante, nos muestra vuestro inmenso poder.

Oh! Dios mio, cuán grande sois!

J. G. B.

### LOS VIAJEROS.

*Fábula.*

Cuenta una vieja que un día salieron de una posada, viajeros á varios puntos, el viento, el honor y el agua.  
—«Buena pró, dijo el primero: y haced en paz la jornada; por el mundo voy, si acaso

habeis menester mis alas, y me he perdido, buscadme en la bóveda azulada.»

—«Si yo en la tierra me pierdo id al mar,» murmuró el agua.

—«Yo, dijo el honor entonces, no puedo ofreceros nada, voy por el mundo, virtudes robusteciendo en las almas, pero á mí, una vez perdido, en ningun punto se me halla.»

Y es verdad, añade siempre la vieja, quien pierde ó mancha el honor por ningun medio ni lo cobra ni lo lava.

J. A. VIEDMA.

### UNA BUENA ACCION.

—¿Escuchais hijos míos como silva el viento, como la nieve choca en los cristales? decía Cecilia á sus dos hijos Enrique y Adela. ¡Horrible frio! mientras nosotros estamos aquí al abrigo de tan espantosa noche, quizá algunos viajeros estraviados en la selva no tienen otro techo donde guarecerse que las desnudas copas de los árboles.

—Pobres viajeros! exclamaron enterrecidos los dos niños.

—Adela, repuso Enrique, vamos á dirigir á Dios nuestra acostumbrada oracion, por los infelices que en este momento se encuentran lejos de sus casas.

—Silencio! dijo su mamá interrumpiendo.

piéndolos, llaman á la puerta : ¿quién puede venir á estas horas ?

—Quizá algun viajero, dijo Adela; corramos.

—Detente, exclamó Cecilia, llama á María, á Juan.

—Mientras los despertamos, dijo la niña, porque de seguro duermen cuando ya no han acudido, qué va á ser del pobre que llama ?

—Tienes razon, hija mia, vamos pues.

Cecilia habia experimentado algun temor de abrir la puerta sola con sus niños, y no sin razon; esposa del honrado abogado D. Carlos de Santibañez, vivia cerca del Escorial, en una linda casita de campo, con sus dos hijos y los criados, donde su esposo la acompañaba algunas temporadas del año, sujeto en la corte casi siempre por sus infinitos negocios. No era por lo tanto extraño que temiese abrir á las diez de la noche en medio de aquella soledad: llegó á la puerta con los dos niños y preguntó, ¿quién es ?

—Un infeliz soldado, á quien faltan las fuerzas para continuar su camino.

Cecilia abrió, y levantando su quinqué, vió un soldado muy jóven, pero tan pálido, tan fatigado, que apenas podia subir los pocos escalones que conducian á la sala principal. El soldado se detuvo en la puerta, como si temiese entrar con sus zapatos sucios y sus vestidos cubiertos de nieve en aquella habitacion que respiraba limpieza.

—Entrad, entrad, dijeron los niños, no temais.

El jóven militar entró entonces y se dejó caer desfallecido sobre una silla; el frio habia embargado sus miembros, y no podia hacer ningun movimiento: aquella caritativa familia instantáneamente se repartió los deberes de cuidarle, y mientras Enrique le quitaba la cartuchera, el chaco, y hasta la levita, Adela calentaba bayetas para volver el calor á sus entumecidos miembros, y Cecilia le preparaba una taza de sopa y vino azucarado.

—Estais enfermo? le dijo ésta viendo que no tocaba el alimento que le habia puesto delante, y solo le daba las gracias con una sonrisa triste.

—Si señora, acabo de salir del hospital; he recibido orden de reunirme á mi regimiento, estoy aun muy débil, y mis piés poco acostumbrados á estas marchas, se han llenado de heridas, y me hacen sufrir horriblemente. Al pronunciar estas palabras los ojos del jóven (tenia apenas diez y ocho años) se llenaron de lágrimas.

—Mamá, dijo Adela, vamos por agua templada para bañar sus piés; le pondremos bálsamo en ellos; y la niña casi arrastró á su madre fuera de la habitacion.

Volvieron á poco con el agua preparada, en la que Cecilia habia puesto tomillo, laurel y flor de sauco. Adela se arrodilló delante del soldado, y ella misma le ayudó á lavar las numerosas heridas que tenian sus piés; él entonces inclinándose profundamente conmovido,

beso con respeto su blonda cabeza exclamando:

Angel hermoso, Dios que paga las deudas de los pobres os recompensará el bien que me haceis!

Reanimado con tantos cuidados, se fué á reposar al lecho, que la misma Cecilia habia preparado, y durmió tranquilamente, hasta que por la mañana le despertaron los alegres ecos de los niños que venian á ofrecerle una taza de caldo. El jóven se detuvo algunos dias en aquella casa hospitalaria, y si la abandonó antes de su total restablecimiento, fué porque órdenes terminantes le obligaban á reunirse á sus compañeros, que en breve iban á partir para América. Llorando se despidió de aquella virtuosa familia.

—Señora, dijo besando con efusion la mano de Cecilia, mientras me dure la vida me acordaré de vuestras bondades, y á vosotros, hermosos niños, jamás os olvidaré.

—Ni nosotros á vos, exclamaron á la vez Adela y Enrique.

—Sois jóven repuso Cecilia, instruido, quizá al volver de América vuestros hombros ostentarán las charreteras, y vuestro pecho alguna cruz.

Al partir el soldado dejó á los niños un libro, única cosa que poseía, en el cual escribió su nombre: Rafael Ceballos.

A los pocos dias de haberse ausentado el jóven Rafael, vino Santibañez á pasar una temporada con su familia: cuando su esposa le refirió la buena ac-

cion que sus hijos habian ejecutado en favor del pobre soldado enfermo, los abrazó repetidas veces, elogiando su buen corazon.

Algunos años despues la desgracia se encarnizó con estos hermosos niños. Establecidos en Madrid al lado de sus padres, un accidente les arrebató repentinamente al honrado Santibañez, y Cecilia, que amaba tiernamente á su esposo, no tardó en seguirle á la tumba, dejando á sus dos hijos en la mas triste orfandad.

Don Carlos de Santibañez no era rico, así es que despues de pagados los funerales y demas gastos de entierro de ambos esposos, los pobres niños se encontraron sin el menor recurso. Algunos amigos de su padre colocaron á Enrique en una casa de comercio, y á Adela en una tienda de modas: el niño tenia solo quince años y la niña trece, pero el infortunio habia iluminado antes de tiempo la razon de los pobres huérfanos.

Enrique ponía el mayor interés en su instruccion comercial, pensando únicamente en poder ser útil á su hermana. Todos los dias festivos, únicos que tenia libres, iba á buscarla, y despues de dirigirse al templo á orar por sus difuntos padres, la conducia al paseo que ella prefiriese.

Un dia, dos años despues de la pérdida de su madre, Enrique fué muy contento á buscar á su hermana y la dijo:

—Hoy si que te va á gustar el paseo: te voy á llevar á Carabanchel.

Entonces la esplicó como su principal le habia encargado llevase allí una carta para una señora que habitaba una hermosa quinta. Ambos jóvenes tomaron la diligencia y se dirijieron á la casa citada; fueron introducidos en un elegante comedor, donde una señora anciana estaba comiendo en compañía de un joven oficial.

Interin la señora leia la carta, el oficial les ofrecia algunas frutas y dulces de los postres, preguntándolos como se llamaban.

—Enrique de Santibañez, y mi hermana Adela, contestó el niño.

En el rostro del oficial se pintó una gran sorpresa y exclamó:

—Es extraño, yo conocí hace tiempo dos hermosos niños que llevaban vuestros mismos nombres, y vivian en compañía de su virtuosa madre. ¡Pobre Cecilia!

—Así se llamaba la nuestra, exclamó Enrique.

—Cómo, continuó el oficial, ¿habeis vivido por ventura en el pueblo del Escorial? seriais hijos de don Carlos de Santibañez?

—Sí, señor, ese fué nuestro padre; él y mi madre han muerto.

—Es posible? Madre mia, dijo entonces el caballero llevando á los dos hermanos al lado de la señora anciana; estos son los niños de que tantas veces os he hablado, y que con tanta solicitud me cuidaron antes de mi partida á América. Miradme! no me reconocéis? Yo soy

aquel soldado que tantos cuidados os mereció, aquel que recibisteis con tanto amor bajo vuestro mismo techo, Rafael Ceballos.

Los niños le miraban asombrados: no podian reconocer en este oficial alto, grueso, tostado por el sol, al joven soldado que pálido y desfallecido llegó á las puertas de su casa.

—Sí, soy yo, repuso Rafael; como vuestra madre adivinó he vuelto de América oficial y condecorado, y mi pobre madre, á quien dejé en el mayor desamparo, la he encontrado rica por una inesperada herencia. Dios me reune hoy á vosotros para que os haga partícipes de mi felicidad, porque ya no nos separarémós nunca.

En el momento la madre de Rafael envió recado á las casas de Adela y Enrique, diciendo que ella se encargaba del porvenir de los dos huérfanos.

Enrique fué desde aquel dia dueño de seguir la carrera de su padre, á la que mostraba grande afición, y en cuanto á Adela, la venerable anciana tan solo deseaba poder darla el dulce nombre de hija, casándola con Rafael.

Frecuentemente los dos hermanos se deshacian en llanto de gratitud ante su bienhechora, quien consolándoles les decía:

—No me deis las gracias; dádselas á Dios, que no deja nunca sin recompensa una buena accion. (T. del F.)

Z.



## LA ENSEÑANZA EN ACCION.

El niño Marco Aurelio era un lindo muchacho, moreno, fuerte, aficionado á correr, y sobre todo á jugar á los soldados. Lejos de ser un chico mimado y consentido, no se le permitia el menor capricho. ¿Y sabeis vosotros, mis jóvenes lectores, que tambien sois niños, porqué?

Porque se queria formar un hombre de aquel niño, que debia ser algun dia el jefe de un imperio inmenso, el mayor que se ha conocido, el imperio romano.

Para que pudiese saber mandar se le enseñaba á obedecer, aunque le costase llanto, porque supondreis fácilmente que los chicos lloraban entonces en Roma, como ahora llorais vosotros.

Un dia dos ancianos se complacian en verle jugar, y tanto les encantaba que tomaron parte en sus juegos. El niño se puso sério y pensativo, y dirigiéndose á uno de los ancianos le preguntó: ¿Qué es la beneficencia? y sin aguardar la respuesta dijo al otro, guerrero septuagenario: ¿Qué es el valor?

Acertó á pasar entonces una joven romana, seguida de tres niños, casi desnudos, que lloraban pidiendo pan. El uno de los ancianos llamó á aquella mujer, le dió algunas monedas, que para ella eran un tesoro, y los tres infelices chicos cesaron de llorar.

Marco Aurelio conmovido se volvió hácia el anciano guerrero: este descubrió su pecho, en el que el niño admirado descubrió largas y profundas heri-

das recibidas de los enemigos de Roma por aquel su denodado defensor.

Entonces el niño, penetrado de admiracion y respeto, tomó las manos de los dos viejos y las besó con reconocimiento. Habia comprendido el valor y la beneficencia por aquellas lecciones mudas, mejor que si para ello se hubiesen empleado largos y pomposos discursos.

A los diez y siete años fué declarado César por el emperador Antonino Pio: despues quedó jefe único del imperio romano, y nunca olvidó aquellas prudentes lecciones recibidas en su infancia.

## LA NIÑA Y LAS FLORES.

Yo no sé en que consiste, decia llorando un niña al tiempo que recogia del suelo los pétalos de una rosa, cuyo tallo desnudo tenia en la mano. Yo no sé en qué consiste, yo no sé porqué mis flores se deshojan y se marchitan así. Yo coloco sus pimpollos de manera que puedan recibir en su cáliz las gotas frescas del rocío de la mañana: yo separo mas tarde las hojas que les pudieran impedir que disfruten de los benéficos rayos del sol: yo las pongo á la sombra cuando estos podrian abrasarlas: yo las baño en la fuente: yo las cuido en fin dia y noche, y sin embargo se marchitan. Ay! se asemejan á mi Enrique cuando le vi frio y descolorido sobre su lecho, y yo creía que dormia: le besé en la frente llamándole, y no me contestó. Mamá estaba al lado de su cuna trémula y llorosa, y me dijo anegada en lágrimas,



Lit de J. Araçon

Letre lit<sup>o</sup>

La Primavera

que mi hermanito se habia muerto. Le pregunté, bien me acuerdo, que si no podria morirme yo tambien para acompañarle, y me contestó apretándome á su seno, que yo estaba muy buena y muy hermosa para morirme. Sin embargo, mas hermoso estaba Enrique antes de que se durmiese con aquel sueño tan frío; mas bellas y mas frescas que yo están mis pobres rosas, y se deshojan tambien.

Con qué alegría jugábamos los dos en el jardin cuando mi hermano estaba bueno. Con qué placer descansábamos á la sombra cuando el sol quemaba, despues de haber espantado de la odorífera rosa á la avispa salvaje, ó de haber recogido las perlas que el rocío escondió en el cáliz de las flores. Ay ! ya no tengo quié me acompañe, quién corra conmigo tras de las blancas mariposas !

Hasta las flores que me ayudaba á cuidar mi Enrique, estas mismas flores, llenas de verdor y fragancia, languidecen tambien. Voy á preguntar á mamá si todo lo que yo amo debe perecer así; y cuando le hable de mi hermanito que no quiso sonreirse al abrazarle por última vez, cuando le enseñe mis deshojadas flores, estoy segura de que me dejará morir tambien. Oh ! sí, voy á buscar á mamá y á preguntarle si todo lo que yo amo debe perecer así.

Y la niña cogió del suelo la rosa marchita, ignorando que en nuestra pobre tierra millares de flores se deshojan así, sin haber conocido la esperanza, ni vislumbrado la felicidad. (*Traducido de Mistris Critabel, irlandesa contemporánea.*)

## PLUTARCO DE LOS NIÑOS.

ÉPOCA ANTIGUA.

FABIO QUINTILIANO.

Aunque niegan algunos el origen español de este célebre retórico, es lo cierto que nació en Calahorra, el año 42 de la era cristiana, si bien hizo en Roma sus estudios. No se prueba palmariamente lo que algunos autores cuentan de que obtuvo el consulado; lo que no admite duda es, que ejerció la abogacía con mucha fama, y que la alcanzó mas cumplida como retórico consumado y escritor elegante. Concurrían á su cátedra los mas ilustres jóvenes de Roma, contándose entre sus discípulos Plinio el menor; pero no satisfecho con sus lecciones orales, escribió un precioso libro *De institutione oratoria*, el mas completo que en la materia conoció la antigüedad: es un sistema de educacion del orador, desde la cuna hasta el foro. Recibió sueldo público en los veinte años que esplicó retórica. Ignórase la época de su muerte; pero hay motivos para creer que acabó en el año 120.

WAMBA.

Rey de los godos, célebre por sus virtudes y su abnegacion; sucedió á Recarvinto en 672 por aclamacion del pueblo, que sus altas prendas conocia, no por derecho propio. Rebelados contra su autoridad los navarros, los catalanes y algunos otros, tuvo que sitiar á Nimes,

en la Galia narbonense, dejándola casi destruida; en cuya ocasion mostró su bravura y su firmeza. También combatió con las armadas sarracenas junto al estrecho de Gibraltar. Por intrigas de Ervigio, descendiente de Chindasvinto, que aspiraba al trono, cortáronle el cabello durante una enfermedad que padeció, cosa que abiertamente contravenia á las leyes góticas, por lo cual hizo voluntariamente renuncia del trono, retirándose al Monasterio de Pampliega, cerca de Búrgos, donde yacen sus cenizas.

#### WITIZA.

Empezó á reinar en 697, asociado con su padre, y si bien fueron sus principios buenos y justos, al quedar solo en el trono dió mala muestra de sí, negando la obediencia al Papa, ordenando que se casasen los sacerdotes, é introduciendo finalmente en el estado y en la iglesia la desmoralizacion y la anarquía. Para evitar que sus vasallos se sublevasen, arrancó los muros de las ciudades, convirtió las armas todas en arados y azadones, é hizo de tal modo imposible la guerra, que no parece sino que le eligiera la Providencia para instrumento de destruccion de la gótica monarquía, así como permitió que no cayese en su poder Pelayo, hijo de Favila, á quien para matarle buscaba. Preso por D. Rodrigo, sacáronle los ojos, y murió en Córdoba en 711.

#### DON RODRIGO.

En 709 empezó el reinado de este trigésimo quinto y último rey godo, vivien-

do aun su antecesor Witiza, cuyos hijos desterró en mal hora al Africa, pues confabulados con el conde D. Julian, que allí mandaba por los godos, y á quien el Rey habia hecho una grave ofensa en el honor de su hija Florinda, abrieron las puertas de España á Muza Abenzair, gobernador del Africa por el Miramamolín Ulit. Tras muchos encuentros y alternativas, dióse en 712, á orillas del Guadalquivir una batalla, donde sobre el cadáver de D. Rodrigo y de la monarquía goda, se levantó la monarquía mahometana, juntamente con el desengaño de los hijos de Witiza, que en vez de ganar un trono, perdieron á su patria.

#### MODESTO INFANTE.

#### PENSAMIENTOS SOBRE LA EDUCACION.

Dios ha colocado la dicha como una joya sagrada en la cuna del niño: cuando sea mayor, podrá adornarse con ella como con un collar ó hacerla pedazos entre sus manos, segun los principios, los hábitos y los gustos que le hayamos inculcado. Pero siempre es evidente que Dios, por mas que digan escritores hipocondriacos, ha querido que sus hijos sean felices, poniendo la dicha á su alcance, como las hojas de arbusto á la boca del cabritillo. Hombres, no os quejéis ni de Dios ni de los niños, si el mal crece con ellos: no hay que salir de nosotros mismos para encontrar la causa.

EMILE DESCHAMPS.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publicará por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el testo, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principiaron desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

## PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

## PUNTOS DE SUSCRICION.

**EN MADRID.** En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailly-Balliere, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Mateu; L. Lopez, calle del Carmen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

**EN PROVINCIAS.** En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ó otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.